

La evolución de la mujer en la novela policial.

¿Rompiendo estereotipos o creando otros nuevos?

Marcia Álvarez Vega

- Mujeres como autoras de novelas policiales.
- Mujeres como personajes en las novelas policiales.
- Los estereotipos de género en personajes masculinos y femeninos, creados tanto por autoras como por autores.
- Conclusiones.

Introducción:

Es redundante hablar de cómo la mujer, durante siglos, fue oscurecida en la historia, tanto en ámbitos públicos como privados. Al menos, en lo que se refiere al compendio de tradiciones, estilos de vida, credos, leyes, normas e identidades que configuran lo que llamamos cultura judeocristiana occidental y héteropatriarcal. Es decir, "nuestra cultura".

Sería largo y fútil hacer un listado de todos los ámbitos en los que la mujer ha quedado relegada a funciones alejadas de las de los hombres, y de cómo hemos tenido que movernos no solo en los espacios que nos han sido autorizados, sino dentro de los cánones que nos han impuesto. No es materia de esta ponencia. Nos basta con hablar de nuestro tema, que es la literatura.

En 1929, Virginia Woolf escribió un ensayo llamado "Una habitación propia" en el que reflexionaba sobre temas que, considerando los más de noventa años pasados, son dolorosamente actuales: la importancia de que las mujeres cuenten con dinero y un espacio propio (refiriéndose tanto a un espacio físico como a mundo privado en el que poder reflexionar); sobre la importancia de que las mujeres escribamos y sobre la desigualdad de género.

En él expone una frase que creo que nadie podría no considerar: «Me atrevería a aventurar que Anónimo, que tantas obras ha escrito sin firmar, era a menudo una mujer».

Existen muchos casos de escritores que han publicado usando un sobrenombre y sus razones pueden ser varias (timidez, anécdota, motivos familiares o laborales, ganas de probar un estilo o un género nuevo diferente al que los ha hecho famosos, capricho, homenaje, miedo a la discriminación, etc). Tal fue el caso de Pablo Neruda, Mark Twain o George Orwell, por mencionar unos pocos. Si una de las razones por las que los autores ocultaban su identidad era el miedo a enfrentarse a prejuicios o a no ser tomados en serio, resulta verosímil pensar que para las mujeres era más complicado en épocas pasadas que para los hombres.

Como muestra, un ejemplo: en diciembre de 1836, una joven y culta profesora, con mucha fe en el

material por ella escrito, decidió enviarlo a Robert Southy quien, además de ser un destacado poeta, podría dar una opinión y, quién sabe si hasta un apoyo, a la hora de evaluar si merecía ser editado. Unos meses después, el poeta respondió no solo no dando ninguna evaluación del material (que quizás ni siquiera leyó), sino que respondiendo con una frase categórica: "La literatura no puede ser asunto de la vida de una mujer, y no debería ser así".

La joven profesora hizo caso omiso de tamaña hostilidad pero sí tomó en cuenta la misoginia social que implicaba dicho comentario, por lo que publicó su obra de todos modos bajo un seudónimo masculino, que solo respetaba sus iniciales. El nombre elegido fue Currer Bell. El libro fue un éxito inmediato y solo unos años después se conoció el verdadero nombre de su autora: Charlotte Brontë. Su libro, *Jane Eyre*, una obra que, desde entonces, ha sido traducido a más de sesenta idiomas y ha tenido más de setena adaptaciones a radio, televisión y cine.

Lo mismo sucedió con sus hermanas Emily y Anne, quienes publicaron sus primeras obras bajo los nombres de Ellis Bell y Acton Bell, respectivamente. Otros casos emblemáticos son los de la periodista y revolucionaria Amantine Aurore Dupin, quien firmó sus obras bajo el pseudónimo de George Sand; la española Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero) o una de las mayores figuras de finales del siglo XIX en Inglaterra, Mary Anne Evans, quien entró al mundo literario como George Eliot.

Gracias a estos ardides, muchas mujeres nacidas con la inquietud de escribir, sobre todo a partir del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, podían vencer los prejuicios que, desde siempre, no veían bien las inquietudes intelectuales de las mujeres ni su anhelo de publicar sus textos. Hasta que, por sus propios méritos, lograron salir a la luz, revelar su verdadera identidad y ser famosas por sus obras.

-Mujeres como autoras de novelas policiales.

Tanto Edgar Allan Poe con *Los crímenes de la calle Morgue*, como Sir Arthur Conan Doyle con Sherlock Holmes sentaron las bases de la novela policial y, con posterioridad Agatha Christie. Pero no fue hasta un tiempo después cuando el género se popularizó en autores y autoras.

Es en EE.UU. donde recogen el testigo, pero no de la novela policial, sino del género de la novela negra. La diferencia entre ambos es sencilla. La novela negra retrata un submundo deprimido consecuencia del gangsterismo, la Ley Seca, las secuelas del Crack de 1929 y la IIª Guerra Mundial, por lo que son oscuras en el sentido en que no se ve muy bien la línea entre lo ético y lo no ético, entre el bien y el mal, entre lo legal y lo ilegal. De hecho, no se ve eso en los "antihéroes", y es por ello que el protagonista (Sam Spade, Phillip Marlowe) suele ser un detective, no un policía, dado que un policía tiene que atenerse a una serie de normas; hay superiores, fiscalías y jueces que vigilan su quehacer. Mientras que un detective privado no responde ante nadie más que ante sí mismo y ante su

cliente. Por ello, no es raro encontrar en estos personajes una moralidad dudosa pues, por el hecho de que trabajan en los bajos fondos, se comportan con las maneras de los bajos fondos. Además, sus protagonistas suelen ser individuos derrotados y en decadencia, adaptados a esos tiempos y símbolos de los mismos. A la novela policial, por el contrario, se le llama también novela de misterio "de consuelo". ¿Por qué de consuelo? Porque los límites entre el bien y el mal están muy bien definidos y, la dualidad es clara y, en general, el bien gana y el criminal recibe su castigo.

En este campo y partiendo por la novela negra, que fue más popular a partir de los '30 en EE.UU., de la mano de autores como Dashiell Hammett, Raymond Chandler o Mickey Spillane, el papel de la mujer rara vez es protagónico. Suele ser la víctima, la cliente, una prostituta vinculada al caso, una novia eterna, pero siempre en un rol secundario, ya que en esas épocas la mujer difícilmente tenía un papel importante, salvo en novelas románticas.

Tras esta época, comienzan a aparecer autores como Simenon y su comisario Maigret, haciendo renacer al policía común que, sin grandes habilidades salvo su capacidad de observación y su vasta experiencia, resuelve crímenes comunes (entendiendo como tal asesinatos no vinculados a mafias) y demostrándonos, con un gran estilo y un realismo profundo más no truculento, que cualquiera puede convertirse en un asesino por razones económicas, bajas pasiones y desesperación. El comisario Maigret es un comisario impecable y un hombre de familia, no un hombre derrotado, como en la Novela Negra. Pero, una vez más, la mujer tiene un papel menor: no hay mujeres en su equipo y su esposa apenas cumple el papel de "cable a tierra". Pero, al menos, ya podemos decir que cumple con los requisitos de novela policial.

Esta no surge solo con la intención de mantener al público ocupado con una historia entretenida y juegos mentales donde el intrigado lector pueda sentirse partícipe intentando anticiparse al desenlace, sino que aprovechan la instancia para hacer denuncia social, mostrando cuán corrupta está la sociedad donde se desarrolla la obra, y somos por fin testigos de hechos como la corrupción en todos los estamentos, mostrando la realidad cruda sin maquillaje, con mayor realismo y no circunscritos a círculos sociales de clase alta, característicos de las novelas de Agatha Christie o Sir Arthur Conan Doyle, ni a los estratos de barrios bajos gangsteriles, como en la Novela Negra. Y los protagonistas vuelven a ser policías que luchan del lado de la ley.

En las décadas posteriores, comienza la proliferación de autores atraídos por estos géneros y, por fin, muchas autoras que se suman, tanto por la denuncia social, siempre necesaria, como por ser un género atractivo y desafiante para cualquier amante de la literatura. Algunas de estas autoras usan protagonistas masculinos (como Patricia Highsmith, P.D. James o Donna Leon) y otras, protagonistas femeninos (como Claudia Piñeiro, Ana Lena Rivera, Camilla Läckberg o Carmen Mola, aunque de esta última hablaré de forma aparte, pues aunque su protagonista es una mujer, Carmen Mola no lo es,

pues se trata de tres escritores varones).

Estas autoras ya no necesitaron esconderse bajo seudónimos. Y eso, considerando que el género policial siempre estuvo más en manos de escritores hombres que de mujeres, es un paso importante. P.D. James es un buen ejemplo de cómo las autoras mujeres fueron adaptándose a la realidad de su tiempo y de cómo, a pesar de que los crímenes truculentos, morbosos y sobrecogedores no aparecen en ellas, nos muestra una variedad de situaciones. En sus primeras novelas (la primera fue en 1963) el protagonista era el inspector Adam Dalgliesh, viudo, poeta y hombre con buenos valores. En esos años, en Inglaterra las mujeres todavía tenían muy vetados muchos campos y, si bien existían mujeres policías, no era común que ocuparan cargos altos. Todavía era muy mal visto ser madre soltera, la homosexualidad era un delito y su mentalidad estaba muy atrasada. Por ello, no es raro que escogiera un personaje masculino. Pasaron casi diez años hasta que por fin se animó a poner una protagonista femenina, y fue de la mano de una investigadora privada, Cordelia Gray. No se trataba de una mujer policía, sino de una profesional independiente.

En la misma década en la que P.D. James comenzaba a resucitar la novela policial en Inglaterra y, además, con nombre de mujer, aparece en Suecia la pareja formada por la autora Maj Sjöwall y el periodista Per Wahlöö. Siendo ambos comunistas, eran muy críticos con el sistema sueco que, aunque mostraba un contexto idílico, tenía un "detrás del escenario" grave, lleno de errores ignorados de forma oficial, pero cuya existencia probaba que el famoso "modelo sueco" era una farsa en muchos aspectos. Es así como la novela policial pasa a ser una gran herramienta de la denuncia social.

Tuvieron que pasar muchos años para que la semilla sembrada por esta pareja germinara en los países nórdicos y comenzaran a aparecer autores como Henning Mankell, Arnaldur Indriðason y Stieg Larsson, entre otros, lo que abrió la puerta para que autores de todos los continentes comenzaran a utilizar esta excelente herramienta para mostrar la oculta realidad social con interesantes sagas policiales que, además de entretener, enseñan, muestran, revelan lo que sucede en sus respectivos países. Sería interminable hacer una lista, pero solo para mostrar la pluralidad, menciono unos pocos: el cubano Leonardo Padura, el griego Petros Márkaris, la noruega Karin Fossum, la finlandesa Minna Lindgren, la china Diane Wei Lang o la francesa Dominique Sylvain, entre muchos y muchas más.

Bien, en estas primeras páginas hice un breve retrato de cómo la mujer fue integrándose en la novela policial, y desde el punto de vista de las autoras, puedo decir con alegría que ya no solo no nos es un espacio vetado, sino que estamos integradas de manera plena. Ya no hay géneros vedados a las mujeres en la literatura, lo cual es un gran logro.

Pero, ¿qué sucede con los personajes femeninos? ¿Son personajes positivos? Analizaremos una serie de estereotipos existentes en las descripciones de las heroínas de las novelas policiales, tanto hayan

sido creadas por hombres como por mujeres.

-Los estereotipos de género en personajes masculinos y femeninos, creados tanto por autoras como por autores.

Muchas personas que lean esto pensarán, ¿no es muy exagerado analizar personajes de ficción? ¿Estamos ante otro debate sobre si La Sirenita de Disney puede ser caucásica o afro, o si el Príncipe no debió besar a la Bella Durmiente estando ella dormida? ¿Ahora hasta las novelas policiales van a tener que pasar por la dictadura de lo “políticamente correcto”? ¡Pero si, al fin y al cabo, las novelas policiales son para entretener! Pero no, es algo un poco más profundo. Toda novela, más allá del sueño de todo autor/a de alcanzar la fama, debe tener un propósito. Y, precisamente por el hecho de que la novela policial es el nuevo método de denuncia social, es una herramienta que nosotras, como mujeres, podemos y debemos utilizar en nuestra lucha por una sociedad mejor, con mayor equidad, y a favor de nuestra lucha contra el patriarcado héteronormativo que domina incluso en las artes.

“The pen is mightier than the sword” o “La pluma es más poderosa que la espada” es una frase que acuñó el autor, periodista y político inglés Edward Bulwer-Lytton (1803-1873) para indicar el poder de la prensa. Es un hecho que los medios hegemónicos controlan el pensamiento y lo guían hacia uno y otro lado a conveniencia de quien esté en el poder. Pero la literatura no debe quedarse atrás en esa lucha, es una herramienta poderoso, es la pluma que nos ayuda a vencer a esa espada.

Parto, por ello, con algunos personajes creados por autoras mujeres. Nótese que están ordenados por orden alfabético de los nombres de pila de sus autoras para demostrar que los escogí de una larga lista de autores y autoras que aparece en el blog Mis detectives favoritos y que fui seleccionando al azar a medida que iba encontrando nombres de mujer, para indicar que nos busqué autoras de manera deliberada.

- Personaje: Hanne Wilhelmsen – Autora: Anne Holt

Anne Holt es escritora, abogada y exministra de Justicia y Seguridad Pública de Noruega. Su desempeño entre policías y en el mundo de la política, la ayuda a mostrar que la corrupción en las más altas instancias puede llegar a manejar con soltura los más espeluznantes hilos. La protagonista es Hanne Wilhelmsen, una subinspectora de homicidios en la jefatura de policía de Oslo. De familia burguesa, sus padres son unos catedráticos bastante snobs que admitieron a regañadientes que su hija ingresara en la policía. Destaca en su trabajo. Es especialista en conducir interrogatorios, se lleva

bien con sus compañeros, pero ha construido un foso entre su vida pública y su vida privada: ama a una mujer y tiene miedo de que si este hecho se descubre, su carrera quede destruida. Tiene treinta años, melena larga y morena, y es muy guapa. Exagera su feminidad para evitar sospechas: es la única policía que lleva falda cuando viste de uniforme. Su pareja desde los diecinueve años es Cecilie.

-Personaje: Vera Stanhope – Autora: Ann Cleeves

Vera Stanhope es inspectora de policía en Kimmerston, en el noreste de Inglaterra, cerca de Escocia. Tiene 46 años, robusta, de pies y manos grandes. Cabellos grises, manchas en la cara, nariz bulbosa y dientes amarillentos. Viste ropa de poca calidad: vestidos estampados deshilachados, sandalias o botas de agua. Su madre murió en el parto. Su padre era maestro y naturista aficionado. Tiene fama de excéntrica, pero obtiene resultados. Cabezota y poco ortodoxa, su método de investigación consiste en cotillear y facilitar información a los testigos para obtener más información a cambio.

Trabaja con ella el sargento Joe Ashworth, casado y con un hijo, tímido y compasivo.

Bajo el desastre aparente de su ropa, físico y comportamiento, esconde una mujer inteligente, capaz de manipular las situaciones para conseguir resultados.

Las novelas de esta autora han sido llevadas a la televisión, y aunque también la protagonista no es tan desastrada como en los libros y las tramas tienen diferencias, resulta fiel al espíritu de las novelas.

-Personaje: Rebecka Martinsson – Autora: Åsa Larsson

Rebecka Martinsson es una abogada recién licenciada en Derecho Fiscal que trabaja en un bufete de Estocolmo. Es fría, autosuficiente y adicta al trabajo. Tiene un pasado doloroso que la ha llevado a ser una mujer dura, cuya coraza poco a poco se irá resquebrajando.

-Personajes: Erica Falck y Patrik Hedström – Autora: Camilla Lackberg

Erica Falck es una joven escritora que vive en Gotemburgo, Suecia. A la muerte de sus padres regresa al pueblo donde nació, Fjällbacka, con la intención de poner a la venta la casa paterna. Mientras investiga el asesinato de una amiga, conoce a Patrick, un policía, comienzan una relación y Erica se quedará a vivir en la pequeña población en la que transcurren todas las novelas de la serie.

Patrik Hedström es un policía sensato e inteligente. Aunque los delitos más habituales en el pueblo son intervenir en peleas de borrachos o detener a conductores ebrios, poco a poco irá resolviendo casos más graves. Se entremezclan historias del pasado y del presente, y los secretos oscuros que las personas guardan crecen como un cáncer que destroza sus vidas.

Forman una pareja encantadora. Aunque no suelen trabajar juntos, la pasión investigativa de ella hace que se involucre en los casos que él lleva, llegando a veces a poner en peligro su carrera. Con el

nacimiento de su hija su relación pasará de lo romántico a lo cotidiano.

Hace buenos relatos de las motivaciones psicológicas de sus personajes: maridos maltratadores, mujeres que se autodesprecian por ello, parientes gorriones, e hijos mimados e insoportables.

-Personaje: Cate Maynes – Autora: Clara Asunción García

Catherine Simone "Cate" Maynes es detective privada en Océano, una ciudad ficticia sin situación geográfica definida. Trabajó en la policía de su ciudad natal, fue una policía rigurosa, ética y decente. Salía con Helena. A los 26 años algo truncó su vida y se trasladó a Océano, una ciudad lejana. Un año después, trabaja como detective privado y cumple el cliché a rajatabla: un corazón destrozado, muchas mujeres y demasiado alcohol.

Es morena y adicta al paracetamol para recuperarse de los numerosos golpes que recibe y de las resacas. Es una mujer desmantelada, perdida y desolada que se considera a sí misma imbécil.

A caballo entre la novela romántico-erótica y la policíaca, la protagonista es una chica dura con corazón blando que resulta simpática. La investigación policial está mal planteada y, a ratos su narración es demasiado cruda.

-Personaje: Cassandra Lisle – Autora: Charlotte Carter

A los 9 años, Cassandra Lisle ya tenía una vida dura. No conoció a su padre, su madre la abandonó. Fue acogida por una abuela que apenas le dio cariño, su mejor amiga murió de polio... Le gustaba leer y era estudiosa, pero sufría acoso y maltrato por parte de sus compañeros. Todo eso cambió cuando murió su abuela y fue dada en acogida a sus tíos abuelos, una pareja acomodada que colmó a Cass de cariño y le permitió acceder a mejores escuelas.

Conocemos a Cassandra en "Arde Chicago" con 19 años. Es negra, no es ni fea, ni guapa. Tiene sobrepeso, usa gafas, cojea, es desgarbada, torpe y rebelde. Viste vaqueros acampanados y camisas holgadas. Estudia Filología Inglesa.

Ambientada en 1968, un año complejo para las personas afroamericanas, es un personaje que intenta encontrar su lugar mientras se enfrenta a las contradicciones de ser una mujer negra con una posición acomodada en una época en que todo está por construir. Aceptada con reservas por los blancos progres; cuestionada por los negros que desprecian a sus "hermanos" de clase media porque sienten que aspiran a ser como los blancos. Charlotte Carter, a través de Cass, nos muestra una visión sobre sus compañeros de etnia nada idealizada. Hombres que abandonan su hogar, mujeres que abandonan a sus hijos. Movimientos políticos basados en el odio.

- Personaje: Amaia Salazar – Autoras: Dolores Redondo

Amaia Salazar es inspectora de homicidios de la Policía Foral de Navarra. Su infancia estuvo marcada por la tristeza y el desamparo. Estudió en Quantico, en la academia del FBI. Tiene 34 años, alta, con un cuerpo delgado y nervudo. Recoge su largo pelo rubio en una coleta. Se maquilla poco y no usa joyas, salvo su alianza. Casada con James, un escultor norteamericano de familia adinerada. No tienen hijos. Duerme mal, las pesadillas invaden sus sueños, solo se siente segura con su marido a su lado y la luz encendida.

Es una gran policía, profesional e intuitiva, que esconde en su interior una niña pequeña asustada.

-Personaje: Christie Opara – Autora: Dorothy Uhnak

Christie Opara es detective de la policía de Nueva York en 1968. Su madre murió cuando ella nació y su padre, capataz de construcción, hace dos años. Tiene 26 años y es viuda desde hace cinco. Su marido falleció en acto de servicio. Vive en Queens con su hijo de cinco años y su suegra.

Pecho liso, caderas estrechas, piernas largas y esbeltas. Tiene el pelo rubio oscuro y lo lleva muy corto. Ojos verdes. Con su aspecto de muchacho resulta más "mona" que "sexy".

Trabaja para el Fiscal del Distrito, es la única mujer en un equipo de 16 hombres. Es intensa, vital, franca. Pasa mucho tiempo en el trabajo, haciendo tareas de campo o escribiendo informes.

Es curioso descubrir los que sean probablemente los primeros libros protagonizados y escritos por una mujer policía. Aunque la trama es un poco deshilvanada y vista, es muy interesante asomarse a 1968 y ver como mujeres y afroamericanos se incorporan al trabajo policial. Hay cierto toque de machismo disfrazado de paternalismo.

- Personajes: Tori Hunter y Samantha Kennedy – Autora: Gerri Hill

Tori Hunter es Inspectora de Policía de Homicidios en Dallas. Su padre fue policía. Un terrible suceso destrozó su familia hace 25 años. Tiene 37, es alta y atractiva, sus ojos son oscuros y el pelo negro, corto. Es una persona encerrada en si misma, arisca, con mal humor y poco trato social. Es lesbiana declarada. Es una gran profesional pero no le gusta tener compañeros.

Samatha Kennedy es Inspectora de Policía en Dallas. Tiene 34 años. Cabello rubio a la altura de los hombros, ojos verdes. Sale con Robert, abogado defensor, desde hace dos años.

En "A su manera" Samantha, recién llegada a la comisaría, forma equipo con Tori. Tratan de descubrir quién está asesinado a chicas lesbianas. Poco a poco su relación se consolida y ambas se van transformando en personas distintas.

A caballo entre la novela romántica y policial, los libros de Gerri Hill son amenos y están bien escritos.

-Personajes: Judith Krieger y Manfred Korzilius – Autora: Gisa Klönne

Judith Krieger y Manfred Korzilius son policías de la brigada de homicidios de Colonia, Alemania.

Judith nació en 1966. Cuando era pequeña, sus padres cambiaban a menudo de ciudad. Al terminar el instituto decidió volver a Colonia para estudiar derecho. La conocemos en 2005, con 39 años. Ojos grises con el borde turquesa, pecas, pelo rizado. Vive en un ático, fuma, le gusta jugar a la petanca, la música de los 70 y beber Kölsh (cerveza típica de Colonia).

Manfred Korzilius, Manni, tiene unos 30 años. Tiene el pelo rubio y largo hasta la barbilla. Viste zapatillas Nike y vaqueros desteñidos. Es adicto a las pastillas Fisherman's y conduce un GTI. Practica kárate y en casa golpea un saco de arena. Prefiere la cerveza de trigo. Es un investigador incansable que sitúa el trabajo muy por encima de su vida personal.

En su primera novela, ambos investigadores emprenden investigaciones paralelas sin mucho interés. El único hilo conductor quizás sea la reflexión, bastante superficial, sobre el maltrato infantil. El pasado y presente atormentado de ambos protagonistas pesa sobre la historia.

Bien, quedémonos con esas autoras y veamos lo que podemos inferir:

Con un breve vistazo a cada perfil (vagos, pero contundentes) vemos que pronto se presentan los problemas. Y no me refiero a calidad de las obras o su difusión, sino que, dentro de esa gran variedad de autoras de novelas policiales de todo el mundo, cuando su protagonista es una mujer, encontramos un patrón ya conocido.

A lo largo de la historia del género policial mundial, los escritores hombres, guionistas o directores, han mostrado en películas, series, etc., un tipo de personaje estereotipo que se ha ido replicando y copiando: policía destruido emocionalmente, alcoholizado o adicto a alguna sustancia, con problemas familiares, traumas de infancia, con una serie de aficiones pintorescas o características especiales para hacerlos interesantes, escenas vomitivas y perturbadoras, etc. Es decir, antihéroes muy humanos, es cierto, alejados de los patrones de súper-héroes y, por tanto, más terrenales, pero algunos rayan en lo irreal, dado que su grado de traumas (previos y los que van sumando a lo largo de las novelas), su grado de adicción, sus quiebres emocionales sin o con poca ayuda profesional, y su forma de vida, difícilmente harían que esa persona fuera funcional, no viera afectada su agudeza, su capacidad laboral o, incluso, su cordura. Por menos de eso, cualquier policía real ya estaría en un hospital psiquiátrico o se habría quitado la vida. Eso sin hablar de que, tras tantas vivencias y tanto maltrato sufrido a lo largo de su vida personal y laboral, hacen también difícil creer que sigan manteniéndose íntegros, incorruptibles, puros.

Es un hecho que, dada la crudeza de la vida policial y el hecho de convivir a diario con crímenes, violaciones, maltratos, y, además, el miedo a no saber si ese día (es decir, todos los días) regresarán a

casa, es una situación que hace que no sea poco habitual que existan altos índices de alcoholismo y adicciones, así como trastornos mentales como ansiedad, depresión, estrés postraumático, problema económicos (no en todo el mundo están bien pagados) y altos índices de maltrato (eso jamás aparece reflejado en las novelas; los héroes o anti-héroes no maltratan). Y también es un hecho que todos tenemos problemas. Pero son muchas las personas que no por ello estancan su vida o se convierten en esclavos de sus traumas. Y, a veces, poner un personaje que, teniendo problemas o teniendo una vida, pueda manejar su presente, como lo suele hacer la inmensa mayoría de la gente, lo hace más cercano. Un personaje que, a pesar de su trabajo policial, pueda ser alguien reconocible en el entorno de cualquiera, un conocido, una amiga, un familiar, una vecina... Alguien "normal".

A mi parecer, el personaje más creíble y entrañable en el complejo mundo de la novela policial es el inspector Kurt Wallander, creado por el sueco Henning Mankell. El melancólico y simpático policía es un cincuentón divorciado padre de una joven y que visita a su padre, pintor de profesión. De personalidad retraída, Wallander antepone su trabajo a su vida personal, fragmentada y difícil, lo que le provoca problemas con su hija y su padre, algo que va solucionando a medida que pasan los libros. Uno de los grandes aciertos de Mankell con su personaje es tanto la humanidad que destila, no es en absoluto un súper detective ni posee alguna habilidad especial; tiene problemas con el alcohol, tanto que casi pierde su trabajo, y no se cuida en absoluto, comiendo comida basura hasta el momento en que se le diagnostica una diabetes. Tras convertirse en abuelo y sufrir constantes lapsos de memoria, la serie de libros dedicados a Wallander termina con *El hombre inquieto*, en el que el detective se retira, enfermo de alzheimer.

Pues bien, ante eso, cuando la mujer por fin deja de ser una *raris ave* en el género negro/policial (como Agatha Christie, que estuvo sola en el Olimpo de la novela policial por mucho tiempo), nos encontramos con que muchas autoras han hecho lo mismo que los hombres, solo cambiando el género del personaje principal, y nos ofrecen una gama de mujeres que cumplen con todas las etiquetas de lo que pareciera obligatorio y que termina semejando una caricatura.

Convengamos, antes de continuar, que el feminismo es un movimiento de mujeres para mujeres que aboga por el reconocimiento de derechos usurpados por el patriarcado (ergo, la igualdad social con el hombre). Eso tampoco implica que estemos en guerra contra el hombre. Todo hombre que desee la equidad de derechos entre hombres y mujeres, es feminista. El feminismo, contrario al pensamiento popular, no es contrario tampoco a ser femenina. Pero ser mujer no es lo mismo que ser lo contrario que el hombre. Tampoco, ser un símil del hombre. Solo busca igualdad de derechos y ser consciente de participar en todas las transformaciones que la sociedad requiera. Es crear una sociedad en la que quede superada la dicotomía hombre-mujer. Es decir, en la que el género de una persona, a nivel social, sea lo de menos. El feminismo no está en contra del hombre ni de la femineidad. No es una

guerra de sexos ni es tan básico para desvalorizar a una mujer que se maquilla, depila o va a la peluquería. El tipo de feminismo que importa es el que realmente valora tanto a la mujer como al hombre y, por tanto, el que más beneficia a nuestra sociedad. Un feminismo con una óptica en la que se contempla a la mujer como un todo. Y que invita al hombre a que, juntos, seamos un todo.

Por ello, es importante dejar de caer en estereotipos inversos y, sobre todo, dejar de juzgar en base a ellos. Ser "femenina" es un concepto fútil que no puede contemplar todo lo que forma parte en la vida de una mujer ni en lo que es ser mujer. No se es más mujer por usar vestidos, tener las uñas pintadas y usar tacones, pero tampoco se es menos mujer por usarlos. Ni menos feminista. Son etiquetas banales en las que, a veces, las mismas mujeres caemos. Una mujer no es más ni menos mujer por ser hermosa o no, por ser alta o baja, por ser delgada u obesa. Ser mujer es mucho más que eso. No vivamos pendientes de las críticas de los demás, sea cual sea nuestro modo de vivir o actuar. Pensar que cada forma de proceder de una mujer está marcada por los estereotipos que nos asignó el patriarcado es malo. Y peor es pensar que, haciendo todo lo contrario, seremos mejores feministas o, peor aun, más mujeres. Ser mujer es un todo que trasciende mucho más allá de un aspecto, de un tipo de gestualidad o de emociones.

El feminismo, como ya dije, busca que la mujer pueda tener el mismo valor que un hombre ante la sociedad, y una equidad donde hombres y mujeres puedan tener las mismas oportunidades tomando en cuenta *las necesidades naturales de cada uno*. El feminismo es una lucha para que la mujer deje de ser considerada menos que el hombre, pero no busca estar por encima de este. Vale la pena recapacitar sobre lo que está ocurriendo, porque es evidente que el papel del hombre, a lo largo de la Historia, de los movimientos sociales y de los años, ha sido el mismo. Somos nosotras quienes hemos cambiado y, poco a poco, hemos ido logrando cambios en la dinámica social *no imitando a los hombres*, sino buscando ser respetadas, aceptadas y reconocidas por ser lo que somos: mujeres.

Por es sorprende tanto encontrar personajes literarios, creados por mujeres, que parecen réplicas de estereotipos masculinos, pero en mujer.

Es cierto que la profesión de policía es ardua. Muchas ven todas las semanas (por no decir a diario) víctimas de maltrato, violaciones, crímenes, etc. Pero estas protagonistas solo sufren por su pasado, ese que las tortura constantemente y que les mutila el alma; la capacidad de solidarizar, salvo por el "vicio" profesional de resolver el caso, está bastante ausente.

Seamos más amables con nosotras mismas. No hagamos heroínas estereotipadas que solo saben sufrir y, además, sufrir por ellas mismas, incapaces de empatizar con las víctimas porque su dolor, su bagaje, su mochila emocional (esa que, por lo general, está atribuida al hombre), pesa más que su presente, que su profesión, que su ser. Los (y las, pues hay muchas) enemigos del feminismo tienen una confusión de roles (insultos tipo feminazi, lesbianas feas, y sucias, que queremos exterminar a los

hombres, etc.) y que dan una concepción errónea y nefasta. Pero por lo que se observa en los personajes, ese estereotipo está siendo replicado por muchas autoras. No es obligatorio que una mujer sea hermosa, pero tampoco deja de ser mujer por serlo.

Debemos sentirnos orgullosas de ser mujeres, no hacer a un lado nuestra esencia ni, mucho menos, negar nuestras cualidades. Siendo así, ¿por qué no podemos crear un personaje femenino que sea más real, más humano, más parecido al estilo de Wallander o al de Miss Marple, de Agatha Christie?

Dejemos de dar en el gusto y tambalearnos como un muñeco de trapo. Dejemos de mostrarnos a nosotras mismas como víctimas y creemos personajes que sean como aspiramos a que la sociedad nos vea. No hablo de mujeres perfectas, sino de mujeres comunes, como lo somos el gran porcentaje mundial. Muchas mujeres tienen traumas pasados, son madres solas y, además, trabajan, y no por ello caen en adicciones terapéuticas, etc. Creemos modelos a seguir no solo en sus actitudes, sino sobre todo, en nuestra esencia, en nuestras cualidades, esas que sí tenemos más desarrolladas y que no son clichés: la resiliencia, la empatía, la creatividad, el ingenio, la generosidad, el compromiso, la capacidad de humanizar de manera natural los ambientes donde nos desarrollamos. No debemos negarnos la posibilidad de imprimir ese toque por competir con los hombres y adoptar sus atributos.

Repito: no caigamos en esa trampa. Tenemos buenos modelos para imitar, pero solo imitamos los malos. Agatha Christie, para mí, es un gran ejemplo del feminismo como estilo de vida, no como pose ni como actitud razonada. Agatha nunca fue una feminista militante, pero sí fue una gran feminista porque nunca se planteó que, como mujer, no pudiera hacer algo, a pesar de saber que el machismo en su época existía. Era consciente del lugar y de la época en la que vivía, de la mentalidad de su entorno y, aun así, no se detenía. Consideraba que, así como nadie le negó el derecho a ser enfermera voluntaria sin pago durante la guerra "porque ese era su labor de mujer", tampoco nadie podría cuestionarle si podía o no escribir, hacer surf (fue una pionera) e, incluso, divorciarse, en tiempos en los cuales una mujer de su estatus social no se divorciaba. No debía, no estaba bien visto.

Ella, como cualquier persona, sufrió avatares en su vida (precariedad económica, engaño – divorcio, su lucha por publicar, viajar sola...), pero lo hizo. Así debemos vivir, sin cuestionarnos qué podemos o no podemos hacer acorde a lo patriarcal o a la dictadura de lo políticamente correcto. Y, menos, juzgando a nuestras hermanas por ser más o menos feministas por hacer esto o lo otro, sino preocupándonos de aquellas que ven vulnerados sus derechos.

Y así fue también su personaje de Miss Marple. Es una anciana soltera que reside en una encantadora localidad rural. Su aspecto es normal y viste de manera estereotipada como la clásica mujer mayor del interior de Inglaterra en esos tiempos (su primera aparición fue en 1927). Es alta, chismosa y solitaria, aunque optimista e idealista. Es aficionada a la botánica y posee una gran capacidad analítica, pero también un gran conocimiento del comportamiento humano gracias a la observación de

las malas costumbres de sus vecinos. Todo eso le da pautas y la hace entender patrones que acaban siendo fundamentales para la resolución de sus casos. Es una excelente modelo a seguir, aunque actualizándola a nuestros tiempos.

También me ha tocado leer autoras cuya protagonista incurre en actitudes machistas o la misma autora lo hace en boca de sus personajes. Está bien que el personaje no sea una persona perfecta, nadie lo es. Pero que, además, sea un mal ejemplo y que su autora dé mensajes equívocos, no es grato ni está bien usada la herramienta que, como autoras, tenemos el derecho y la capacidad para aprovecharlos en pro de nuestra lucha. Es el caso de Leticia Sierra y su personaje, la periodista Olivia Marassa que, aun siendo la heroína, tiene características cuestionables como ser humano.

Olivia Marassa tiene 40 años, es profesional, independiente, no acepta presiones en su vida, pero ejerce violencia verbal y psicológica contra su madre por buscar pareja tras quince años de viudez; ejerce bullying sobre su subalterno, al que considera un enchufado y al que trata mal hasta que descubre que es un excelente profesional; tiene una relación tóxica con su novio, también tóxico; se pisan los espacios y los trabajos, no se apoyan, se critican y se faltan el respeto. Unos personajes que se tratan con sarcasmo y crueldad.

Si esa es la heroína, no dan muchas ganas de sentirse identificada con ella. Además, no es la única, pues en otro momento, entre dos personajes policías y, tras hablar con una víctima de maltrato, se produce el siguiente diálogo:

—No he conseguido convencerla —dijo Teresa con pesadumbre—. Y siento que hayas tenido que salir de la sala, Jorge. Creí que ella se abriría, que bajaría la guardia si no había un hombre delante.

*—No te disculpes—. Hiciste lo correcto. Y no te mortifiques porque **haya decidido seguir metida en ese infierno.***

—Esa mujer y sus hijas están en peligro, Jorge —opinó preocupada—. Son carne de cañón. Y su marido, un bestia.

—Sabes de sobra que si no hay denuncia tenemos las manos atadas. No podemos hacer nada.

*Teresa suspiró resignada ante esa realidad. Había visto muchos casos parecidos. **Mujeres destruidas física y emocionalmente por maridos como Iván Peña que, llegado el momento, se negaban a denunciar, se negaban, incluso, a decir nada en contra de su agresor y se culpaban a sí mismas. Eran doblemente víctimas: del maltratador y de ellas. Era tan baja la autoestima en la mayoría de los casos que no se sentían capaces de emprender un nuevo camino solas. Preferían lo malo conocido. Aunque las estuviera matando.** Pero, ante esos casos, tal y como había dicho Jorge, si la mujer no daba un paso al frente, ellos no podían hacer absolutamente nada. La ley no se lo permitía, aunque las evidencias estuvieran*

delante de sus narices.

—Te apetece que esta noche nos tomemos algo? —preguntó de repente Gutiérrez.

*—Me estás invitando a salir? —**respondió ella entre sorprendida y divertida.***

—No. Solo te estoy invitando a una cerveza —respondió el subinspector desplegando una amplia sonrisa.

— Yo soy más de vino. —Teresa estaba sonriendo.

Se sentía cómoda trabajando con Jorge. Era listo, ágil y resolutivo, y no se le veía intimidado por el hecho de que una mujer de su misma edad fuera su superior y le diera órdenes. Al contrario, parecía que se sentía como pez en el agua.

—Pues que sea un vino. —Gutiérrez no se rindió. Quería conocer a Teresa fuera de aquellas paredes y sin tener que pensar en su graduación como policía.

—Está bien —accedió ella—. Pero nada de hablar de trabajo.

—No era mi intención —replicó él con picardía.

En esta escena vemos varias cosas: la primera, que Teresa, siendo mujer y policía, no tiene ningún conocimiento sobre el síndrome de mujer maltratada y, al no haber ningún personaje o aclaración por parte del narrador, debemos deducir que la autora opina de la misma manera liviana: la mujer que sufre maltrato no sale de esa dinámica porque no quiere. No hay empatía, sororidad ni solidaridad, salvo una preocupación personal cuyo compañero consuela con manidas frases hechas. Segundo, de inmediato, sin transcurrir más que dos segundos, comienzan a coquetear. Es decir, la solidaridad, o empatía de Teresa duran menos que un suspiro, dejando atrás su angustia y su sororidad.

No son buenas maneras de usar una herramienta tan potente como la literatura para luchar por las mujeres. La sororidad es otra cosa y puede darse con hombres. Acorde a la RAE, la sororidad es: Solidaridad entre mujeres, especialmente ante situaciones de discriminación sexual, y actitudes y comportamientos machistas. Leyerón, ¿no? *Especialmente ante situaciones de discriminación sexual, y actitudes y comportamientos machistas.* No es más feminista o cumple mejor con la "solidaridad de género" cuando nos apoyamos en todo solo por ser mujeres. Yo nunca apoyaré una colega o a otra mujer en un acto antitético, machista o, incluso, ilegal. Eso es encubrimiento y no tiene nada que ver con la sororidad. Pero menos aun es sororidad no empatizar con el dolor de otra mujer que está sufriendo por causas relacionadas con el hecho de ser mujer.

En lo personal, pienso que es más loable que una autor o autora feminista introduzca personajes masculinos y feministas que mujeres que hablan a través de personajes femeninos y machistas.

Me permito volver a Agatha Christie quien, si duda, fue un ejemplo para la nueva mujer que surgía en el siglo XX después de la primera Guerra Mundial. Era una mujer independiente, de éxito en lo que

amaba ser, autosuficiente económicamente por méritos propios, viajera en solitario, aventurera, etc. En contraste con ello, fue una mujer de su tiempo, bastante clásica y conservadora. Es decir, fue una mujer feminista sin ser una militante feminista. Y, de hecho, ha sido criticada por el movimiento feminista por decir en una entrevista que "Los mejores crímenes para mis novelas se me han ocurrido fregando platos". Me resulta absurdo criticarla por fregar los platos. Primero, su frase fue recortada, pues la expresión completa fue: "Los mejores crímenes para mis novelas se me han ocurrido fregando platos. Fregar los platos convierte a cualquiera en un maníaco homicida de categoría". Esa locución demuestra un gran ingenio y un sentido del humor muy inglés. Y un creo que, solo por no sonar cruel, no dijo "cocinando", pues es sabido que la mayor parte de los asesinatos en las novelas de "la reina del crimen" se cometen usando venenos, tema en el cual se había hecho experta gracias a sus años como enfermera voluntaria durante la guerra.

Si reparamos en detalles como ese para criticarla, me pregunto: ¿qué clase de mujer queremos para las generaciones futuras? ¿Una inútil que no sepa cocinar, fregar los platos, cambiar un enchufe o cortar el césped? ¿Cómo queremos que sea independiente? ¿Es, acaso, más feminista si contrata a otra mujer para que haga el trabajo de la casa? ¡Eso es ser feminista a costa de otra mujer!

Otro factor que le critican es reproducir sin rubor estereotipos femeninos muy negativos y que muestran una visión heteropatriarcal de la mujer. Sus heroínas están deseosas de casarse, son histéricas, se convierten en asesinas por despecho o por esterilidad... ¿Nadie se dio cuenta de que, siendo ella todo lo contrario y estando inmersa en una sociedad de clase media-alta, vana, hueca, con mujeres como las que retrata y que, teniendo los medios, no podían salir de ese círculo y que precisamente eso es lo que ella critica y retrata? Ella fue una mujer de su época que rompió con todo lo que le impuso la sociedad, y dejó un camino abierto a muchas mujeres, siendo un referente para las escritoras y la literatura posterior a ella. Le debemos el ser la precursora de la novela de crímenes, con una elegancia muy crítica con la frívola sociedad a la que ella misma pertenecía, tocando temas como las infidelidades, la codicia o la barrera de las clases sociales. Y, sobre todo, le debemos la creación de un personaje, Miss Marple, la primera mujer en la novela negra que no asumía el papel de víctima indefensa ni de mujer fatal que arrastraba a los hombres a la perdición. Al contrario, Miss Marple era una mujer inteligente con un talento especial para la investigación y resolución de crímenes, pero solo podía desarrollar su habilidad en la sombra, mientras la cara visible y el receptor de los méritos de su trabajo eran hombres, en este caso, los policías de Scotland Yard. Y esa crítica al sistema también es válida, así como el hecho de que ella, a pesar de ser una anciana, sin perder su esencia ni su identidad, se enfrentaba con valor a cualquier criminal que se le pusiera por delante, y su dulzura e indefensión se convertían en un arma más para dar caza al asesino.

Pero Miss Marple fue creada por una mujer, Agatha Christie, quien retrató la única forma que tenían

las mujeres de su época de hacer grandes cosas en terrenos vedados para ellas. Y por eso, es importante ahora analizar dos personajes femeninos creados por hombres, y estos serán: Elena Blanco, creada por Carmen Mola, el seudónimo utilizado por los autores Antonio Mercero, Agustín Martínez y Jorge Díaz; y Lisbeth Salander, creada por Stieg Larsson.

Veamos a sus heroínas.

-Personaje: Elena Blanco - Autor: Carmen Mola (Jorge Díaz, Agustín Martínez y Antonio Mercero)

Elena Blanco es inspectora de Policía en Madrid. Tiene cerca de cincuenta años y cuerpo de treinta. Vive en un piso heredado y es de clase alta. Es hija de un policía muerto en acto de servicio, bebe grapa, canta canciones en karaoke en un pub y suele acabar la noche teniendo relaciones casuales con desconocidos. Es jefa de un equipo especial, la Brigada de Análisis de Casos que se ocupa de resolver los casos más complicados.

Acorde al blog de Antonio Parra Sanz, "Tenemos un carácter fuerte en una mujer dura como es Elena Blanco, quien está al mando, y tiene las cosas y los procedimientos de trabajo bastante claros; es autónoma e independiente, tiene sus aficiones, musicales, éticas e incluso sexuales, y que es capaz de batirse el cobre con cualquiera".

Otros críticos han dicho:

«Todos caen rendidos (quien la coge no la suelta) ante la fuerza y la intensidad de una historia que no desmerece al mejor *noir* de Pierre Lemaitre, comparte elementos con Sandrone Dazieri y tiene como protagonista a una (sí, es una mujer) detective de las que hacen época (y series)». (Inés Martín Rodrigo, ABC).

«Elena Blanco es de los mejores personajes femeninos protagonistas que he visto en mucho tiempo y el Madrid que se muestra, callejero y violento, da mucha fuerza». (Paco Cabezas, director de la serie La novia gitana).

«Una originalidad que nos somete y nos hace desear más, mucho más, cuando, horrorizados, nos damos cuenta de que estamos ya en la última página». (Jordi Llobregat, director de Valencia Negra).

«Desde la primera página, Carmen Mola [...] demuestra tener una voz propia, y eso, en el género negro y fuera de él, ya es mucho, quizá la mitad de todo. O más». (Lorenzo Silva)

-Personaje: Lisbeth Salander – Autor: Stieg Larsson

Lisbeth Salander es una investigadora privada que trabaja en la empresa Milton Security. Es una inadaptada social llena de piercings y tatuajes. Fumadora, borracha empedernida y bisexual, Lisbeth Salander, aunque no finalizó sus estudios, está dotada de una inteligencia poco habitual, posee

memoria eidética, hackea ordenadores y boxea. Atormentada por una infancia traumática, no deja de ser una niña vulnerable que, al estar siempre protegiéndose, muestra una imagen intimidante, pero es una persona «profundamente moral y tierna». El personaje de Salander también ha sido descrito como «cara del nuevo feminismo», «nueva heroína del siglo XXI» o «metáfora de la subversión cultural». Algunos dicen que el hecho de que sea capaz de actos discutibles la hace más realista.

La editora Eva Gedin aporta su visión: "Es un personaje muy fuerte, yo creo sinceramente que es la responsable del éxito de la serie. Sin ella, no estaríamos hablando para nada de todo este fenómeno".

En ambos casos, vemos repetidos los estereotipos ya conocidos: un pasado durísimo, problemas en las relaciones sentimentales o ausencia de las mismas, abuso de sustancias, una rudeza que oculta una gran nobleza, independencia personal y económica, autónomas, sin compromisos familiares, "libres". Pero, en paralelo, ambas protagonistas tienen ciertos detalles que nos hacen pensar que nacieron como una fantasía masculina más, sin contar con otros aspectos inquietantes.

Partamos por lo más básico: su aspecto físico. Lisbeth es menuda, delgada, físicamente frágil, tiene un cuerpo juvenil con caderas inexistentes y senos pequeños "parecidos a los de un niño". Usa el pelo corto, como un niño. Es muy inteligente, a pesar de que es considerada por el sistema, que no la comprende, como mentalmente incapacitada y digna de internación. Pero subvierte constantemente las expectativas de quienes la rodean, mientras continúa superando a sus pares en inteligencia, independencia y previsión. Estas fortalezas la llevan a liberarse de su abusivo tutor y utiliza los errores de juicio de los demás para su beneficio. También, a pesar de ser capaz de cometer los peores horrores por su subsistencia, sigue siendo una persona "profundamente moral y tierna".

Agredida repetida y brutalmente por su tutor, Lisbeth es consciente de que otros la perciben como víctima, pero ella no se ve a sí misma como tal porque considera que la opresión y la brutalización de las mujeres son endémicas de la sociedad. Pero, aunque no se considera víctima, se venga usando las peores torturas y ultrajes. Pero (y repito) sigue siendo "una persona profundamente moral y tierna".

¿Es esto mínimamente real? No. Una persona que sufrió todo lo que ella vivió y que, a consecuencia de los múltiples abusos y maltratos vividos, fue capaz de quemar vivo a su padre, y ultrajar y torturar a su abusador, ya sea por el *shock* o por los trastornos provocados por tanto horror, no puede seguir siendo cuerda ni ser una joven que, tras un caparazón, oculta una niña vulnerable, moral y tierna. Sería, básicamente, una persona con un trastorno de personalidad severo, tal vez psicopático o, como mínimo, antisocial. Pero, en términos de fantasías machistas, lo que obtenemos con este explosivo cóctel es una "Lolita salvaje".

Y eso, entre otras cosas, lo podemos ver en su sexualidad. Muchos hombres homófobos y afectos a la pornografía se sienten excitados con escenas de sexo entre mujeres. De hecho, aunque no soy una

experta en ese tipo de películas, nunca falta en ellas una escena de sexo lésbico. En novelas escritas por mujeres, sí podemos encontrar protagonistas lesbianas, lo cual aparece como una característica de la personaje, pero no vemos tantas protagonistas bisexuales. Eso es una fantasía erotizante muy de hombre "macho", entendiendo como tal a aquel que tiene un conjunto de actitudes, conductas, creencias y prácticas sociales destinadas a promover el enaltecimiento del hombre en perjuicio de la mujer, así como la discriminación contra otros grupos sociales, como en el caso de los gays. Un hombre dominante y viril, *latin lover*, aguerrido, fuerte, rudo, que posee y luce los atributos que tradicionalmente se le han atribuido a la masculinidad —vigor, control, potencia, *sex appeal*— y que necesita jactarse de ellos constantemente. Y la bisexual Lisbeth emociona al público, una joven de apariencia infantil, vulnerable, deseable, abusable, maltratable, pero salvaje cuando se defiende.

Prefiero dejar eso ahí.

Según cuenta la leyenda, Stieg Larsson declaró que, teniendo 14 años, fue testigo de una violación grupal por parte de compañeros a una niña de su edad y que él se paralizó, sin intentar hacer nada para impedirla ni pedir ayuda. Y que, poco tiempo después, le pidió disculpas a la chica y esta no se las aceptó. La niña se llamaba Lisbeth. Y, debido al sentimiento de culpa que arrastró, creó a Lisbeth Salander, una joven que reacciona y se vengá de los violadores. Tiempo después de su muerte, un amigo, supongo que con la intención de limpiar su imagen, declaró que eso no era cierto, sino que Larsson escuchó esa historia y se la atribuyó.

Primero, sea como sea, Larsson nos hizo un flaco favor si piensa que, en vez de luchar por cambiar la sociedad y la mentalidad patriarcal para impedir los ataques sexuales, la solución sea ser "tierna" y, a la par, torturar y vejar a los violadores. No veo, en esta sociedad ya demasiado violenta, a Lisbeth como una modelo a seguir ni como un ejemplo de feminismo. Veo una joven traumatizada, con graves trastornos, que la sociedad prefiere enaltecer y considerar heroína porque no tenemos respuestas ni soluciones para tanto dolor. Una sociedad en la que cada vez hay más abuso sexual, bullying sexual en los colegios, entre niños. Larsson decidió imaginar cómo sería una nueva generación de mujeres que defenderían su integridad y vengarían los ataques recibidos utilizando la violencia y las nuevas tecnologías a partes iguales, pero si así fuera, estaríamos deseando un triste futuro a las nuevas mujeres que vendrán y ningún cambio por parte de los hombres, quienes siempre han permanecido igual y por eso hemos tenido que luchar por nuestra cuenta. Pero no así. No así.

El segundo punto, el si Lisbeth nació como consecuencia de las culpas de Larsson, es otro tema importante. En caso de ser cierto que fue él quien vivió esa situación, es comprensible que, con 14 años, se paralizara. Nadie podría criticarlo por ello, dado que se trata de una situación muy fuerte y no es raro que se bloqueara. Y tampoco se podría juzgar a la joven por no perdonarlo. Pero, si lo que dice su amigo es real, nos da que pensar... ¿Qué tipo de hombre se atribuye haber vivido eso sin que

sea cierto? Da más miedo pensar que es una historia falsa a que realmente viviera eso.

En el caso de Elena Blanco, es similar en algunos aspectos y diferente en otros. Sí cumple con varias de las fantasías masculinas (es una mujer que ya tiene los 50, pero con un cuerpo juvenil, esbelto y deseable. Emancipada, independiente, a la que le gustan los karaokes, las borracheras y el sexo casual con un amante distinto cada noche; inteligente, dura, implacable y con sus infaltables traumas del pasado), pero en este caso vemos que, más que un fruto de ciertos traumas, como era el caso de Lisbeth, pareciera la proyección de sus autores no solo en lo que ellos ven como "mujer ideal", sino como una proyección de sí mismos o, mejor dicho, de los que les gustaría vivir y que una mujer compartiera y comprendiera.

La proyección es fácil de ver y no es censurable solo por el hecho de mostrar como heroína a una mujer al gusto masculino, pero es bueno observarlo para no caer en la trampa de que seamos como ellos quieren que seamos. Y también para aclarar que, ni siquiera en una novela policial, tenemos que ser el objeto o sueño sexual de nadie, salvo que así lo queramos. Es bueno poder identificar estos detalles.

En el caso de Blanco, observamos una proyección machistas en el tema sexual en dos aspectos. El primero no es peligroso, solo pueril.

Sabemos que la sexualidad femenina y masculina son distintas. Se dice que es más difícil para la mujer alcanzar el orgasmo, pero eso es un mito. Lo que sí es real es que, en el orgasmo femenino, influyen muchos factores, desde psicológicos y emocionales, hasta físicos y hormonales. También influyen las experiencias negativas del pasado, el estrés, la estimulación escasa e inefectiva. También el deseo sexual en la mujer se puede ver afectado por la depresión, los traumas psicológicos, el uso de ciertos medicamentos y los desórdenes hormonales.

Acorde a los expertos, "Hace décadas era más habitual que los roles fuesen más asimétricos y que el hombre buscara su placer rápido, pero eso ha ido evolucionando". Tengo muchas dudas al respecto. Si así fuera, no se vería el gran aumento de la prostitución en España, el mayor consumo de material pornográfico, el incremento de las violaciones (individuales y grupales, incluso en edades muy bajas) de que somos testigos. Las mujeres hace mucho que estamos lo suficientemente emancipadas para tener la misma libertad de Elena Blanco para buscar parejas sexuales ocasionales. No es difícil ir a un pub o a cualquier lugar recreativo y encontrar alguien que el guste. Pero, ¿todas tienen el éxito que tiene ella? ¿Es tan fácil encontrar un desconocido con quien tener una relación de un noche y lograr el orgasmo a la primera? Más bien parece un deseo o una proyección de los autores sentir que son tan buenos amantes que cualquiera pueda hacer que una mujer logre el clímax. En ese caso, los hombres no necesitarían pagar por sexo, dado que habría muchas mujeres deseosas de tenerlos como

amantes. Pero como la mujer no solo está más mancipada, sino también más exigente y ya no se queda callada por no ofender su "masculinidad", a muchos de ellos no les interesa una relación casual en la que, encima (y dicho en lenguaje común), "les pongan nota". Pero, como digo, no deja de ser un detalle, porque, como mujeres, no veremos en ello una exigencia de ser como Elena ni nos sentiremos frías o anorgásmicas por no tener su suerte de llegar al clímax con cualquiera.

Pero ellos mismos reconocen en una entrevista que *"Resulta imposible salir del cliché y del arquetipo, el que diga lo contrario miente, todos tenemos metidos en la cabeza unas estructuras narrativas y unos tipos. Ahora bien, precisamente porque el autor y lector los llevan tan interiorizados uno de los grandes peligros al trabajar con la ficción es que el relato se vuelva previsible. La clave radica pues en subvertirlos, darles una vuelta. Por ponerte un ejemplo, el personaje de Elena Blanco nace a partir del cliché del policía atormentado y alcohólico, pero le dimos un giro y en vez de ser un hombre de cincuenta años es una mujer de cincuenta años, que además tiene una relación sentimental con un hombre bastante más joven, así ya generas una perspectiva nueva"*.

Se equivocan. Ellos no salen del cliché, solo le cambian el género. Y eso no es luchar contra el cliché ni ser "novedoso o rompedor", sino caer en el contra-cliché, que es lo mismo que el cliché. Hay que ser un poco más creativo. Si tres cabezas pensantes no son capaces de salir de la caricatura salvo cruzando la línea del morbo, algo no está bien, aunque ellos creen estarlo: *"Desde las primeras reuniones para plantear este ciclo literario supimos que queríamos ir bastante a saco, no ser timoratos a la hora de retratar la violencia; huir de lo que se hace en tantas películas de que, si se viene un polvo, la cámara se desplaza a la chimenea cuando empieza la acción"* (Me choca la facilidad con que ponen violencia y sexo en la misma frase. Pero continúo con su autodefensa). *"Describimos la violencia, pero tampoco creo que nos pasemos, siempre buscamos que sea pertinente dentro del relato. Cierto que hemos recurrido a crímenes impactantes porque le damos importancia a la fuerza de las imágenes, que se queden grabadas en la mente del lector (...) Con La novia gitana creíamos haber sido muy salvajes y que provocaríamos respuestas airadas y nos sorprendió descubrir no sólo que la gente entraba sino el rango de edad de los que lo hacían, ¡a muchas abuelas les encantaba!"*.

Me permito dudar de su franqueza. Si pensaban que el público se iba a escandalizar, ¿por qué lo escribían? ¿Solo para ganar fama a través de la polémica? Supuestamente y, en su defensa, nos enfrentamos a lo que se llama "novela negra extrema", sin límites, con un nivel alto de espanto y que contiene una gran crudeza e historias "no aptas para lectores sensibles".

Perfecto y está dentro de la libertad de expresión, pero en lo personal, como autora de novelas policiales (*Medialuna de sombras*, Velasco Ediciones, 2021; la primera de una saga de más de 40 novelas), uso siempre la perspectiva de la Policía. Y me refiero al hecho de que la Policía actúa cuando el crimen ya fue cometido y sale a la luz. No hago, como otros autores/as o como las series policiales,

una "división de pantalla" en la que somos testigos del crimen, sino que la investigación comienza una vez que el cuerpo o la denuncia se han hecho visibles. Evito así el "regodeo" en escenas *gore*, crueles, duras de imaginar y, mucho más, de transcribir. Como autora, destaco y respeto la empatía que se produce entre el autor/a y sus personajes. Es claro que no todos los personajes serán gratos, pues hablamos de novelas sobre crímenes, no cuentos para niños, pero el exceso de morbo me resulta chocante. Usamos la novela policial para hacer denuncia, no apología.

Hay una anécdota famosa sobre la escritora Mercedes Barcha Pardo, esposa del gran maestro Gabriel García Márquez, en la que ella narra que un día que se encontró a su esposo llorando amargamente, supo que, en su novela Cien años de soledad, el escritor acababa de matar a uno de sus personajes más queridos.

Ese es el grado de empatía que se gesta entre autor/a y personaje, esa es la profundidad del proceso creativo.

Pero cuando me encuentro con autores como Antonio Mercero, Agustín Martínez y Jorge Díaz (alias Carmen Mola), que juegan con ese morbo visceral que incomoda, no solo en escenas de crímenes, sino, y sobre todo, en escenas de violaciones, me empieza a molestar tanto regodeo. En una de sus novelas, la vía que toma la protagonista como salida económica es hacerse prostituta. La escena en la que relatan cómo pierde su virginidad con alguien que ha pagado para quitársela es tan cruda y se recrea tanto en los detalles, que algunos lectores dejaron el libro en ese momento. De hecho, ellos mismos se defienden diciendo que *"No queremos ser paternalistas con los lectores, protegerlos sería absurdo, ya son mayorcitos para que elijan si les gusta o no lo que proponemos. Todos tenemos límites morales pero a la hora de proponer no hay miedo, huimos de cualquier autocensura. Y te aseguro que al lector le va la marcha, las ventas de nuestras novelas así lo demuestran"*.

Sí, también los vídeos de pornografía infantil tienen un público tan masivo que se estima que tienen una prevalencia de entre el 4% y el 10% del total de la población masculina del mundo. En 2013 se detectaron 13.343 contenidos de abuso sexual infantil en la red, y en el 2019 fue de 132.730, lo que implica un incremento del 894,75%. Y eso no lo hace legal ni moral. La literatura es un arma de denuncia, sí, pero una cosa es usarla para mostrar la violencia y, otra, participar de esa violencia.

Y respecto a lo pertinencia en el relato, en otra entrevista, ellos mismos afirman en otra entrevista: *"En La Nena borramos un par de escenas; una o dos violaciones que había que nos parecieron demasiado crudas y, más que por crudas, nos pareció que eran innecesarias porque ya lo habíamos contado. Cuando nosotros mismos consideramos que nos estamos recreando en la violencia, lo borramos"*.

Enlazo con la anécdota contada sobre la esposa de García Márquez y la forma en que él sentía a sus personajes, lo cual cualquier persona que se dedique a ello, comprenderá. Crear varios personajes,

darles identidad, imaginar una trama y escribir una escena requiere de una concentración, de una gran empatía no solo hacia los personajes, sino la suficiente para crear lazos entre los personajes y el lector. Requiere de un tiempo dedicado solo a eso. Entonces, ¿qué tipo de hombre llena páginas y horas describiendo con todo lujo de detalles cómo se produce una violación hasta el punto en que son capaces de escribirla más de una vez, sin darse cuenta de que ya la escribieron antes y la censuran porque ya es redundante? ¿Quién define qué es redundante en mostrar cómo una mujer es vejada una y otra vez, torturada y penetrada por todos los orificios posibles, con brutalidad y saña sin inmutarse? Y lo peor, tendremos que agradecerles que, en todas sus entrevistas, afirman que “nos hemos fijado en el mal y cómo ese mal se hace real a través de la violencia y, especialmente, la violencia sobre la mujer”. “El gran tema de las novelas de Carmen Mola es la desigualdad y la violencia contra los débiles, en algunos casos estos son las mujeres -La novia gitana, La Nena, Las madres- y en otro es la infancia -La Red Púrpura-”.

Gracias por su “preocupación”. Prefiero dejar eso ahí.

Conclusiones:

Aunque la entrada de la mujer en la literatura policial ya es plena, como protagonista y autora, aún nos falta mucho por recorrer. Es una gran herramienta para educar a la sociedad y cambiar los patrones patriarcales imperantes y, para ello, necesitamos hacerlo nosotras.

Podemos hacerlo a través de las temáticas, a través de los personajes, a través del todo. Pero debemos hacerlo sin miedo al rechazo, con perspectiva de género y sin miedo al fracaso.

Podemos crear a la personaje que queramos. Que nadie nos diga antifeminista porque sea hermosa ni que nadie nos critique por hacerla fea. O alta, o baja, o blanca, o mestiza, o manca o con gafas. Incluso, podemos hacer un protagonista masculino, siempre que sea un hombre que ve a las mujeres como compañeras; de trabajo, de vida, de ruta, pero compañeras. Y sin pensar en qué pensarán los hombres o las mujeres de nuestro personaje. Seamos como Agatha Christie, que fue un ejemplo de cómo superar los estereotipos simplemente ignorándolos. No podemos hablar de feminismo si seguimos mirándonos en el espejo del hombre. No podemos ser mujeres si seguimos, a favor o en contra, moviéndonos en función de los mismos patrones establecidos. La idea es educarnos a todos, tanto a hombres como a mujeres.

Como autoras, debemos exigirnos creatividad. La búsqueda de la igualdad pasa por saber que ser mujer no es un estereotipo. No repliquemos: creemos. No repitamos, sorprendamos. Tenemos una herramienta que nos hace libres mientras escribimos, usémosla por liberar también al lector o lectora. Necesitamos de hombres y mujeres para vivir, y hacer crecer plenamente nuestras cualidades;

aprovechemos estas diferencias para crecer juntos como personas y mejorar la sociedad. Los desafíos son muchos, pero hay que afrontarlos. Tenemos el gran reto de vivir como mujeres cuando más discusiones hay sobre qué es ser mujer o qué nos hace más o menos feministas, o más o menos mujeres. Tenemos el gran reto de ser mujeres que vivan su vida en equilibrio y tranquilidad.

No cabe duda que los esfuerzos realizados por lograr una mayor igualdad entre la mujer y el hombre han sido muchos y necesarios. ¿Pero somos más felices las mujeres de hoy que las que vivieron décadas atrás? No es fácil responder ya que, por un lado, vemos a mujeres en puestos públicos y privados, egresadas de universidades y superándose cada día más, y por el otro, observamos que las depresiones, adicciones, divorcios y suicidios en mujeres incrementan día a día. Es importante recapacitar sobre lo que está ocurriendo, porque es evidente que el papel del hombre a lo largo de los años ha sido el mismo. Somos **nosotras** quienes hemos cambiado e incidido, sin duda alguna, en los cambios sociales. Por ello, evitemos que la lucha por la igualdad sea una lucha grave, amarga, triste. Las víctimas sufren, no lo hagamos también las demás. Unámonos como las hermanas que somos.

Concluyo con lo que es, sin duda, uno de los discursos feministas más inspiradores y e una simple frase de la joven Malala Yousafzai: "Sí, soy feminista, y todas deberíamos serlo, porque la palabra feminismo no es otra cosa que igualdad".

Bibliografía:

[Mujeres que firmaron con apodos masculinos | PlanetadeLibros](#)
[Los protagonistas de la novela nórdica \(uv.es\)](#)
[P.D. James: a cien años del nacimiento de la dama de la novela negra - LA NACION](#)
[Mis detectives favorit@s \(detectivesdelibro.blogspot.com\)](#)
[El nuevo género negro: novela policial con cara de mujer - LA NACION](#)
[Estereotipos de género que todos hemos escuchado | Ingredientes que Suman \(oxfamintermon.org\)](#)
[Los roles y la identidad de género I Estereotipos de género I Planned Parenthood](#)
[Un condado inglés retira las novelas de Agatha Christie por patriarcales \(actuall.com\)](#)
[Agatha Christie: una mujer adelantada a su tiempo \(granadahoy.com\)](#)
[Reacciones a las versiones de Agatha Christie adaptadas a las nuevas sensibilidades \(granadahoy.com\)](#)
[Carmen Mola se enfrenta a Carmen Mola: "Cuando nos recreamos en la violencia lo borramos" - Cultur Plaza \(valenciaplaza.com\)](#)
[Stieg Larsson, premiado por su lucha contra la violencia machista \(malagahoy.es\)](#)
[Karin Smirnoff, la primera autora de 'Millenium': "La violencia machista no puede ser entretenimiento" \(infolibre.es\)](#)
[Elena Blanco la inspectora de la autora Carmen Mola | El Quinto Libro](#)
[Lisbeth Salander: La protagonista de la serie 'Millenium' \(lavanguardia.com\)](#)
[Kurt Wallander en Lecturalia](#)
[En el nombre de «Las Madres»: Carmen Mola y los límites de la novela negra - Penguin Libros CL](#)